

## EL ATENEO INTERVENIDO (1939-1946). CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN

Madrid, Ateneo de Madrid, 2008, 144 pp.

A mi juicio, la amplia y enérgica tachadura roja sobre el tradicional sello del «Ateneo científico, literario y artístico», de Madrid, que aparece en la portada de este catálogo, nos da una idea más exacta del significado de esta muestra que el propio título, *El ateneo intervenido*, pues la intromisión, o su sinónimo, injerencia, es un término bastante suave para lo que realmente pasó en aquellos años oscuros de 1939 a 1946, cuando el Ateneo fue ocupado, sometido, tomado como trofeo, violentado y atropellado.

El Ateneo de Madrid, considerado centro del Frente Popular y nido de elementos marxistas, tal como llegó a decir el ministro de Educación Nacional en 1940, quedó a disposición, inicialmente, de la FET y de las JONS tras la guerra civil española. Resultado de aquella acción fue la ocupación cuartelera de las distintas dependencias, con la correspondiente destrucción patrimonial y, sobre todo, la desaparición del grueso de la documentación de los archivos de los que todavía hoy se desconoce su paradero.

Es intrincada la historia de los detalles jurídicos que, finalmente, impidieron la total incautación de la docta casa, pero que no evitaron la «tutela» a la que fue sometida la institución. Junto con las aclaraciones acerca de los documentos rescatados, cuenta el catálogo con un capítulo de Fernando Sígler Silvera sobre la ocupación del Ateneo que explica razonablemente todos los vericuetos jurídicos antes citados. No puede sorprendernos que, en realidad, las autoridades falangistas que pasaron a dirigir la casa reconocieran que la misión del Ateneo, como activadora intelectual de la sociedad, no solo era útil, sino necesaria, para la vida

cultural española, y por tanto era aconsejable que el Ministerio de Educación Nacional la continuara (se da la paradoja de que estos dirigentes habían sido ateneístas, o socios del Ateneo, antes de la guerra). Para ello el Ministerio debía asumir todos los gravámenes que pesaban sobre la institución y «una vez que la personalidad» del Ateneo continuase en el Ministerio, éste lo entregase a un patronato cuya junta directiva fuera integrada por altos cargos y personalidades designadas por el ministro. De esa manera, el Ateneo se convirtió en una plataforma de propaganda del régimen franquista.

Las personalidades falangistas con responsabilidades en el Ateneo intervenido serían Salvador Lisarrague Novoa, profesor universitario que en 1939 ocupó el puesto de secretario provincial de Educación Nacional y cuyo retrato, realizado por Rafael Moreno en 1941 se encuentra en la famosa galería de retratos. Fue también jefe de la sección de estudios y publicaciones del Ministerio de Trabajo, puesto que compatibilizó con el de profesor de la Escuela Social de Madrid. Su papel en el Ateneo está supeditado a la labor de proyectar la imagen cultural del régimen de acuerdo con los presupuestos de la doctrina del Movimiento. Fue un entusiasta defensor de la nueva organización que el régimen franquista estaba imponiendo en las instituciones del Estado y un encendido publicista de la idea de la grandeza de la España de los tiempos imperiales.

Otro personaje significativo sería Carmelo Viñas y Mey, catedrático de la Universidad Central, que fue también director de la biblioteca, de la que se había hecho cargo el Servicio Español de Profesorado. Y también el sacerdote falangista Andrés María Mateo, que ocupó los cargos de director de la biblioteca, sustituyendo a Viñas, presidente de la institución, sustituyendo a Lisarrague, y delegado provincial del Ministerio de Educación Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS, cuya sede, como ya se ha dicho, quedó instalada en el Ateneo. Al padre Mateo le sustituyó, como directora de la biblioteca, Elena Amat Calderón, la figura que realmente sobresale en la preservación y organización técnica de la biblioteca en aquel difícil periodo. Amat era facultativa del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios y estaba adscrita a la Escuela de Arquitectura cuando, en mayo de 1939, fue destinada, con carácter interino, al Ateneo. Dos años después, en noviembre de 1941, accedió a la dirección. Su carrera como funcionaria había sido brillante hasta llegar a la docta casa y eso favoreció el que su labor fuera encomiable, pues se preocupó de mantener y actualizar los fondos.

Dentro de todo, la biblioteca fue la menos perjudicada durante los años de ocupación, pero no así el archivo, que se encuentra en paradero desconocido. En algunas de las cartas que todavía se conservan, Elena Amat deja testimonio sobre lo que pudo ocurrir con el mismo. Así, el 2 de diciembre de 1946, después de la salida de Falange, el jefe de personal de la administración del Ateneo, le dirigió un oficio en el que pedía antecedentes de un empleado, y ella le contestó que no le podía facilitar información, pues ignoraba lo ocurrido con la documentación referente

al antiguo Ateneo que se encontraba, en mayo de 1939, archivada en las Oficinas de Secretaría.

Posteriormente, en junio de 1952, la secretaria del Ateneo entregará a la directora de la Biblioteca una serie de documentos antiguos que estaban allí depositados. Esa es la documentación que se puede encontrar actualmente, tan escasa que no pudo considerarse digna de fondo de archivo. Y ante los sucesivos requerimientos posteriores, la directora de la biblioteca siempre contestó lo mismo, por lo que se puede decir que el archivo desapareció en los primeros años después de la guerra civil, durante el periodo de ocupación.

No obstante, a pesar de todo lo perdido, gran parte de los documentos anteriores a 1939 que se conservan, se pueden hoy consultar, algunos por Internet, y, aunque no son muchos, son significativos. Por ejemplo, se pueden consultar las Actas del Ateneo desde su fundación, en 1835 hasta 1855, las Actas de las Sesiones de Literatura de 1837 a 1848, las Actas de la Comisión de Biblioteca de 1932 a 1933, las poesías y memorias leídas en la sección de Literatura y Bellas Artes del Ateneo entre 1837 y 1841, las cuentas del Ateneo desde el 16 de diciembre de 1835 al 31 de diciembre de 1839, 243 cartas y oficios del siglo XIX y primeros años del XX y 432 oficios de altas y bajas de socios y otros asuntos de secretaría, referentes a los primeros años del Ateneo (entre 1836 y 1840). Con esta información se hace muy difícil, en ocasiones, elaborar las biografías de algunos de los ateneístas célebres, sobre todo los que se dieron de alta en los años veinte y treinta del siglo pasado.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las circunstancias políticas nacionales e internacionales permitieron al Ateneo recuperar su denominación, pero no su independencia, pasando a ser una entidad cultural controlada por el aparato de propaganda del régimen. Y es bastante reciente —gracias a las subvenciones obtenidas por el Ministerio de la Presidencia de Gobierno, dedicadas a las actividades relacionadas con las víctimas de la guerra civil y el franquismo— la recuperación de la memoria del Ateneo, gracias en gran parte al trabajo de dos documentalistas, Fernando Sígler y María Jesús Serrano, y el de la encargada del archivo histórico del centro, Clara Herrera que se han ocupado de la coordinación general de la exposición.

Durante todo el tiempo de ocupación, el Ateneo no enmudeció ni cerró sus puertas, se mantuvieron las actividades culturales, aunque con la impronta de la orientación política del régimen franquista. Inicialmente fue propaganda falangista, y llevó el nombre de Aula de Cultura pero, a partir de marzo de 1946, los falangistas fueron perdiendo el control y el Ateneo entró en una nueva etapa, en la que recuperó su nombre y en la que pasaría a depender, directamente, de la Dirección General de Propaganda. El ministro de Educación Nacional adquirió la condición de primer presidente de honor del Ateneo y el subsecretario de Educación Popular la de presidente segundo honorario. Así, el primer presidente del Ateneo en esta nueva etapa sería Pedro Rocamora, cuyo retrato, obra de Enrique Segura en

1974, se encuentra en el Ateneo. Rocamora inició una campaña de recuperación de antiguos ateneístas e incitó la inscripción de otros nuevos, y, en líneas generales, normalizó la institución. Su misión era la de ofrecer una nueva cara del régimen y su primer paso, quizá el más trascendental, sería preparar el camino para el regreso de José Ortega y Gasset, que había sido maestro suyo. La famosa, y decepcionante conferencia del célebre filósofo en el Ateneo, fue significativa del pacto al que habían llegado los dos. Pero fueran las que fueran las expectativas que pudiera tener Ortega y Gasset, en relación con la sucesión monárquica, como apunta el actual presidente del Ateneo, José Luís Abellán, se vieron irremediablemente truncadas, porque el régimen no dejaba ninguna grieta que propiciara cualquier cambio en la dictadura, por lo que puede decirse que no valió la pena que D. José se plegara, de tan ignominiosa manera, a sus exigencias.

Dolores Fernández Martínez  
Universidad Complutense de Madrid